

REFERENCIAS ASTURIANAS EN EL «TEATRO CRÍTICO» Y EN LAS «CARTAS ERUDITAS».

Por Alvaro RUIZ DE LA PEÑA SOLAR

«Yo escribo principalmente para España? ¿Y qué es más útil para España? Escribir sobre aquellas facultades, en las cuales está llena de muchos y muy excelentes autores? ¿Quién lo dirá? ¿Para qué llevar agua al mar? ¿O escribir aquello en que España está pobrísima de autores y noticias? Esto sí que le puede ser, y en efecto le es muy útil»

(Feijoo, C.E., III, 34, 19)

Al ganar la cátedra de Teología en la Universidad de Oviedo en 1709, Feijoo se instala en Asturias hasta su muerte, en 1764. A lo largo de esos cincuenta y cinco años, ven la luz sus dos obras fundamentales: el *Theatro Crítico Universal* (1766-1740) y las *Cartas Eruditas* (1742-1760). Si tenemos en cuenta que su ciclo vital se agota a la edad de ochenta y ocho años, debemos, de forma previa, establecer algunas coordenadas que sitúen el *Teatro* y las *Cartas* históricamente, en un momento de tránsito en el que hacen quiebra —si no total, sí parcialmente— las estructuras socioculturales de los austrias, para dar paso al mundo ilustrado borbónico de Carlos III. Feijoo vive su primera juventud en tiempos de Carlos II y alcanza los primeros años del reinado de Carlos III. No es inútil tener esto en cuenta si se quiere hacer una lectura objetiva y no apriorística de ambas obras. Constatar que Feijoo tiene conciencia histórica del paso del tiempo, del transcurrir de los años, es también previo: «huyo de aquella cantinela, frecuentísima en los viejos, de censurar todo lo presente y alabar todo lo pasado» dice, y más adelante: «me parece que algo menos malo está hoy el

mundo, que estaba cincuenta o sesenta años ha» (1) Feijoo siente que algo en el país está cambiando, capta ciertos estremecimientos culturales a su alrededor, y se propone participar desde dos perspectivas: la popular, que enmarca el mundo obsesionante de los *errores comunes*, y la culta, o posición crítica ante el saber científico de su época.

Pues bien, Asturias —realidad más inmediata a Feijoo— se nos revela como un reflejo particular sobre el que se proyectan, en ese doble plano popular y culto, las luces del pensamiento feijoniano en general; los abundantes textos que el monje refiere a «este Principado» forman, por sí mismos, una especie de pequeña obra con entidad propia, desgajable del conjunto, que constituye un afectuoso reconocimiento a los asturianos «sutiles, despiertos y ágiles» (2) que aparecen constantemente a lo largo del Teatro y de las Cartas. Nombres como los del cirujano Francisco de Solís, el regente Gil de Jaz, el médico de Villaviciosa D. Pedro Peón, el inspector de aduanas Pedro Martín, el doctor Casal, el organista Zumárraga, el mercader Lázaro Suárez, y tantos otros, van jalonando lo que para nosotros constituye, hoy, un muestreo social ovetense de gran interés para el estudio de la primera mitad del siglo XVIII en nuestra región; además, y al lado de las múltiples referencias a personas conocidas con las que alterna en sus paseos hasta la cercana aldea de Colloto o con las que departe diariamente en la tertulia de su celda, Feijoo nos ha dejado su testimonio personal de la situación del campesinado asturiano, similar en su miseria a la del labriego gallego, que él ha conocido en su niñez y adolescencia. Una especial sensibilidad demuestra Feijoo cuando se refiere a las condiciones de vida en que se desarrolla el mundo rural; la ílema habitual del monje cede ante la conmoción que le produce el espectáculo que contempla. El texto que sigue recuerda los gritos de rebeldía de un Cienfuegos o un Meléndez, en una clara advertencia pre-romántica, que indica muy tempranamente cual va a ser el rumbo de nuestra literatura en las primeras décadas del siglo siguiente:

«Yo, a la verdad, solo puedo hablar con perfecto conocimiento de lo que pasa en Galicia, Asturias y montañas de León. En estas tierras no hay gente más hambrienta, ni más desabrugada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes, o mejor diré que por las muchas roturas que tienen, las descubren. La habitación está igualmente rota que el vestido, de modo que el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro, acompañado o de algún lacticinio o alguna legumbre vil, pero todo en tan escasa cantidad, que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa. Agregado a estas miserias, un continuo rudísimo trabajo corporal, desde que raya el alba hasta que viene la noche, contemple cualquiera si no es vida más penosa la de los míseros labradores que la de los delincuentes que la justicia pone en las galeras... Ellos siembran, ellos aran, ellos siegan, ellos trillan, y después de hechas todas las labores les

(1) Vid. C. E. V. 17, 3. En adelante citamos por la edición de Blas Román, en 1781. Siguiendo esta misma edición, el equipo de investigación del Centro de Estudios del siglo XVIII, prepara un *Índice onomástico, de lugares y obras*.

(2) T. C. I, 16, 95.

viene otra fatiga y la más sensible de todas, que es conducir los frutos, o el valor de ellos, a las casas de los poderosos, dejando en las propias la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados de lágrimas *a facie tempestatum famis* (3).

Esta visión prerromántica -¿o sería más preciso decir protorromántica?- del Feijoo social no es un caso aislado dentro del conjunto. Buen conocedor de las condiciones de vida del campesinado (4), ya había señalado con anterioridad que el exceso de días festivos perjudicaba fatalmente a los labradores:

«Si hoy es mayor la necesidad de los pobres es justo sea hoy mayor la reforma de las fiestas, por lo menos respecto de algunas provincias más pobres, como son las dos de Asturias y Galicia, cuyos labradores, trabajando con el mayor afán posible, sobre alimentarse todos miserrimamente los más no ganan con que cubrir sus carnes» (5).

El problema social del campesinado tiene su correlato urbano. El proletariado ovetense aparece descrito en el Teatro con unos perfiles que lo definen como auténtico *lumpen*, azotado por el desempleo, la nula oferta y la escasez de recursos alimenticios básicos:

«lo que ví pasar en esta ciudad de Oviedo, con el motivo de la hambre que padeció este Principado el año diez. Por los caminos, por las calles, en los umbrales de las casas, en los de los templos, caían exánimes enjambres de pobres, de modo que no cabiendo los cadáveres en las sepulturas de las iglesias, fue preciso tomar la providencia de dársela a muchos en los campos» (6).

No. Feijoo no se limita a describir las bellezas naturales de Asturias, o a disputar bizantinamente sobre el deterioro de una ciencia y una cultura caducas. Más bien escribe, para decirlo con sus propias palabras, «principalmente para España», sobre lo que es útil para España, denunciando el lamentable estado de cosas que ve a su alrededor. Así le oímos exclamar en una dedicatoria de las Cartas:

«Las miserias de esta tierra no pueden explicarse con otras voces, que aquellas con que lamentó Jeremias las de Palestina, al tiempo de la captividad babilónica. ¿Qué se ve en toda esta provincia, sino gente, que con lágrimas y gemidos busca pan para su sustento? ¿Qué se ven por estas calles de Oviedo, sino denegridos y áridos esqueletos, que solo en los suspiros, con que explican su necesidad, dan señas de vivientes?» (7).

Esta, la notificación del gravísimo estado de las cuestiones sociales en Asturias, es solo un aspecto en el conjunto de la visión que Feijoo ofrece en

(3) T. C. VIII, 12, 41.

(4) Un estudio de la situación del campo en Asturias, en el siglo XVIII, se puede hallar en Artok Gallego, «Asturias en la etapa final del antiguo régimen», *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, nº 18 (1986), págs. 135-151.

(5) T. C. VI, 1, 18.

(6) T. C. VIII, 12, 51.

(7) C. E. I, Dedic., 22.

su obra. Otras lacras similares existen en distintas esferas de la vida pública. Refiriéndose, por ejemplo, a la perniciosa abundancia de burocracia administrativa, señala:

«Tengo para mi por cierto, que de escribanos, recetores, procuradores, notarios y ministriles, sobran más de la mitad de los que hay... en el país que habito, diré que de escribanos sobran de tres partes las dos(...). En un país tan corto como es este del Principado de Asturias hay doscientos y bastarían los sesenta y cinco» (8).

Con respecto a la enseñanza universitaria, cuya renovación en el plano de las reformas tendrá que esperar hasta 1778 aproximadamente, Feijoo denuncia las arbitrariedades que se cometen en la otorgación de las cátedras. El carácter marcadamente clasista de la universidad, a la que accedía una reducida nómina de jóvenes procedentes del estamento nobiliario, convertía, estancándolo, cualquier tipo de proyecto científico en una rutinaria transmisión de saberes, poseídos de la retórica y el prejuicio escolásticos. El fragmento siguiente tiene, todavía hoy para nosotros, un aire desagradablemente familiar:

«Es el caso ordinárisimo en la provisión de cátedras, que hace el Rey o su Supremo Consejo para muchas universidades. En esta de Oviedo informan promiscuamente todos los Doctores al Real Consejo para todas las cátedras de las Facultades que en ella se enseñan (...) de parte de los informantes he visto, por lo común, el error, de que entre sujetos iguales pueden aplicar la gracia del informe al que fuere más de su agrado, graduándole en mejor lugar que al otro concurrente, o proponiéndole como único acreedor a la cátedra vacante» (9).

A esta situación lamentable de nepotismos y privilegios no es ajena la nobleza «cultivada» asturiana; la xenofobia y el provincianismo más pedestres salen a relucir cuando se proponen los servicios de científicos que provienen de otras latitudes. Tal es el caso del rechazo que sufre inicialmente uno de los más prestigiosos médicos que cita Feijoo, el cirujano francés Jean D'Elgart:

«En esta ciudad de Oviedo tuvimos algunos años un excelente cirujano francés (Don Juan d'Elgar) natural de Bayona, que había estudiado la Cirujía en la grande Escuela de París. Dos veces fue propuesto para este Partido por sujetos que estaban ciertos de su grande habilidad. Pero contra los informes de estos prevaleció la noticia de que no era latino. Ni yo pude desvanecer esta simplicidad, por más que representé a algunos caballeros, encaprichados de ella, la ninguna conducencia de la lengua latina, ni para la teórica ni para la práctica de la cirujía, añadiéndoles entre chanzas y veras, que en caso que no pudiesen disentir a dicha inconducencia, yo les pondría en latín lo que el cirujano dictase o escribiese en francés. Nada sirvió entonces mi consejo. Pocos años después halló mejor disposición en los ánimos y fue traído aquí Mons. d'Elgar, donde hizo curaciones admiradas de todos» (10).

(8) T. C. VIII, 13, 14.

(9) T. C. III, 10, 45.

(10) C. E. V, 26, 43.

Pero ¿por qué vive Feijoo en Asturias? a pesar de las tentadoras invitaciones que recibe para cambiar de aires y de jerarquía (11). Las razones hay que buscarlas, en buena parte, en su apego al clima norteño; se trata de razones directas y simples de salud personal, que el monje asocia a las condiciones climáticas de un determinado país o zona; esto pesa en quien tiene prisa por culminar una obra dotada de un sentido muy concreto, y al que la edad no le permite nuevos -e inciertos- cambios de residencia. Es frecuente que Feijoo aluda a estos factores del clima como condicionantes de la mayor o menor longevidad:

-El ambiente que respiramos o país en que vivimos, tiene gran influjo en la conservación o detrimento de la salud (...). Casi todos condenan por no saludables los países húmedos, pero se engañan. Todo el Principado de Asturias es muy húmedo; con todo, no solo en las montañas de él, más también en los valles, vive más la gente que en Castilla». Sigue diciendo que P. Bayle en su *Curso Filosófico* asegura que «el temple de Madrid es malo por los muchos sales volátiles, acres o alcalinos de que está impregnado» y acaba:

-Es cierto que la población de Madrid es poco menos numerosa que la de todo el Principado de Asturias. Con todo aseguro que se hallarán en Asturias más que duplicado número de octogenarios, nonagenarios y centenarios que en Madrid» (12).

Por otra parte, el carácter de Feijoo se aviene mal con el bullicio de las grandes ciudades, en las que no encuentra otra cosa que dificultades para desarrollar, en armonía y sosiego, las líneas de su trabajo intelectual. Feijoo no quería atarse a una sociedad convencional en la que la pedantería y el esnobismo, tan peligrosos como la ignorancia provinciana, hacían insoportable el medio. El texto que sigue es suficientemente significativo:

-El año de 28, me detuve en Madrid un mes (...) y era cosa de ver las cuestiones extrañas y ridículas que me proponían algunos. Uno, por ejemplo, dedicado a la historia, me preguntaba menudencias de la guerra de Troya, que ni Homero ni otro algún antiguo escribió. Otro encaprichado de la quiromancia, quería le dijese, qué significaban las rayas de sus manos. Otro que iba por la física, pretendía saber qué especies de cuerpos hay a la distancia de treinta leguas debajo de tierra. Otro curioso en la Historia Natural, venía a inquirir en qué tierras se crían los mejores tomates del mundo... ¿Y ésto sería vivir?» (13).

Compárese este tipo de vida con la que Feijoo lleva en su convento de Oviedo, rodeado del afecto y comprensión de sus amigos, en posesión de una nutrida biblioteca que continuamente se acrecienta con las últimas publicaciones francesas o españolas, cerca del mar, que es fuente de observación constante, y mecido por una naturaleza pródiga de efectos tranquilizadores, con una curiosa mitología y el velo de la tradición que

(11) Se sabe que fue propuesto para obispo en América; que se le invitó a aceptar el cargo de abad del monasterio de San Martín de Madrid, que rechaza a pesar del interés demostrado por Campomanes; que rehusó la dirección del Diccionario de Moreri, cargo que exigía su presencia en Madrid, etc.

(12) T. C. I, 6, 31-32.

(13) C. E. III, 28, 6.

Feijoo, equilibradamente, va limpiando de impurezas. Su actividad intelectual le exige el descanso que proporcionan las excursiones a través del Principado, lo que, a su vez, le permite observar directamente fenómenos que luego traslada al *Teatro* y a las *Cartas*. Damos a continuación varios textos que recogen sus experiencias. Hablando de la movilidad marítima dice:

«el mar nos roba mucha tierra, pero es falso que la robe para no restituirla jamás. Se ve claro en algunas partes donde el mar se ha retirado por largo trecho de los antiguos términos. En nuestro monasterio de San Salvador de Cornellana, en el Principado de Asturias, hay evidentes testimonios de que llegaban allí los bajeles, y hoy se quedan más de dos leguas más abajo» (14).

Esta constatación se vuelve a repetir años más tarde en un nuevo volumen del *Teatro*, aportando algún dato no utilizado anteriormente. Da la impresión de que Feijoo parece no recordar que ese fenómeno ha sido descrito ya a los lectores, dada la similitud que existe entre los dos fragmentos. A partir de la impugnación del sistema preadamita de La Peirère, Feijoo apoya sus argumentos señalando que:

«En algunas partes de esta costa de Asturias hay señas manifiestas de que el mar no se ha retirado bastantemente, como yo mismo lo he notado en un paraje a media legua de Avilés, hacia poniente. Y en el río, que corre junto a nuestro monasterio de San Salvador de Cornellana, subsisten en las ruinas de un puente algunas argollas como las de Ravena, donde estaban los bajeles, siendo así que hoy no pueden arribar, ni aun una legua más abajo» (15).

El monje necesita recurrir a ejemplos que confirmen sus hipótesis y, en ese sentido, Asturias le ofrece un amplio material de experimentación.

Otro tanto ocurre con ciertas formaciones geológicas de composición reciente; se trata de una serie de petrificaciones que tienen su origen en un «jugo lapidífico» del que Feijoo habla extensamente en un discurso de su *Teatro*:

«En el territorio de Gijón, en el distrito que llaman Nata Oyo, sito al poniente y a dos tiros de escopeta de aquel puerto (16), el cual dista cinco leguas de esta ciudad, a la lengua del agua, y en medio del arenal que se extiende por uno y otro lado, hay un sitio muy peñascoso que, por tal, se ha hecho impracticable a los caminantes. ¿Qué antigüedad juzga el lector, tendrán las peñas de aquel sitio? Tan poca que hoy viven muchos que nacieron antes que ellas. Veinte años ha no había vestigio alguno de peñas. Todo era arenal seguido y uniforme con lo restante. Los más de los vecinos de Gijón vieron su origen y su incremento sucesivo, el cual se va continuando el día de hoy» (17).

(14) T. C. I, 12, 38.

(15) T. C. V, 15, 26.

(16) Se refiere Feijoo a una zona de Gijón, hoy conocida con el nombre de *Pomentín*, situada frente al barrio obrero de Natahoyo, entre el actual Musel y la Dársena Vieja.

(17) T. C. VII, 2, 14.

En otra ocasión es el cambio de curso de los ríos lo que llama su atención (doblemente en este caso, por tratarse de un fenómeno que incide sobre el patrimonio de la orden benedictina):

«En este país el río Nalón ha muchos años que torció el curso junto al lugar de Olloniego, distante legua y media de esta ciudad de Oviedo, de modo que hoy corre apartado más de trescientos pasos del puente, que antes tenía y que hoy subsiste, y él mismo hacia la Pola de la Viana, pueblo distante de aquí cinco leguas, todos los años sucesivamente va ganando algo de tierra hacia una orilla y apartándose de la otra, lo que ha ocasionado no leve pérdida de hacienda a este mi colegio» (18).

Pero no son, sólo, la marina y el valle lugares visitados por el monje en sus recorridos asturianos. Las sierras y los puertos del montañoso Principado también son excelentes para sus propósitos.

Sostiene Feijoo, por ejemplo, que las propiedades combustibles de la madera, en los montes altos, son tan excelentes como las de los valles:

«Yo ví hacer fuego diferentes veces en las tres altas montañas de el Cebrero, Latariegos y Pajares, y ardía la leña admirablemente» (19).

y vuelve a citar el puerto de Leitariegos, como lugar de manantiales apreciadísimos por la pureza y frescura de sus aguas:

«yo, siendo harto curioso en esta materia, y habiendo viajado por montañas altas varias veces, no he encontrado agua de fuente que pudiese decirse muy fría, sino una que hay en lo alto del monte de Latariegos, que divide al Principado de Asturias, por aquella parte, del Reino de León» (20).

En ocasiones Feijoo nos sorprende con una serie de detalles reveladores de un interés poco común por todo lo que ve y observa. De repente, paseando al sol estival de la sierra, ha puesto su atención en una manada de ganado, y sigue sus pasos en pos de la sombra protectora:

«Pasando, años ha, por una sierra de este país (la que llaman de Tineo) en un día caluroso, ví que muchas manadas de ganado mayor, esparcidas por la sierra (en cuya altura hay una planicie dilatada) como de común acuerdo, sin conducir las pastor alguno, se iban encaminando a una extremidad de la cumbre, al punto que empezaba a molestarles el rigor del sol, y todas paraban en un sitio avanzado que me señaló, y que me advirtió ser el más fresco de toda la sierra, a causa de un templado vientecillo, que allí respiraba de la parte del mar» (21).

El mundo rural no se agota en la contemplación de los fenómenos naturales; de la actitud de los campesinos que pueblan ese mundo, de sus hábitos y costumbres, Feijoo extrae consecuencias que inciden, a veces, sobre

(18) T. C. VII, 4, 35.

(19) C. E. II, 10, 11.

(20) T. C. II, 13, 15.

(21) C. E. I, 31, 10.

problemas económicos o de producción. Y topamos, de improviso, con la superestructura mítica, con el mundo de la superstición, como factor condicionante en el proceso de la creación de riquezas:

«Muy luego que vine a habitar este país de Asturias, noté que padecían generalmente sus colonos un pernicioso error en el gobierno económico. El grano principal, de que se hace el pan de esta tierra, se llama *escanda*: especie de trigo diverso en varios accidentes del que es común en el resto de España y otras naciones. Este grano ha de menester limpiarse, sacudiéndolo al aire cada seis semanas, de cierto polvillo de que sucesivamente se va cubriendo, sin cuya diligencia es desabrido al gusto y mal sano. Pero han observado hasta ahora los naturales del país no hacer esta operación, sino en los menguantes de la luna, imaginando que en las crecientes se dañaría en algún modo el grano. Este error ha ocasionado la pérdida de millones de hanegas» (22).

Es abundantísimo el número de referencias que se pueden recoger en la obra de Feijoo sobre casos de magia, brujería, supersticiones o falsos milagros, a cuyo desvelamiento y explicación no contribuía precisamente el clero rural, ayuno de los más elementales conocimientos teológicos, y aun de los rituales ordinarios. Feijoo ataca la situación de este clero ignorante, adocenado y lleno de prejuicios rutinarios, con marcada mordacidad, en un texto del *Teatro* del que ofrecemos solo su comienzo:

«En este Principado de Asturias corre... que hallándose un religioso de tránsito en una aldea, y queriendo reconciliarse para decir misa, acudió al escudador del cura del lugar, a quien hecha la confesión, halló tan ignorante que ni aun la forma de la confesión sabía» (23).

La misma crítica se extiende a cierto clero ovetense; sobre todo a los que, con el grado de exorcistas, actúan de manera lamentable sobre las almas e, incluso, los cuerpos de los creyentes. Al aludir a esos exorcistas Feijoo dice que «ya por idiotismo ya por insinceridad» no son dignos de crédito:

«Hoy que estoy escribiendo esto, está cierto exorcista conjurando en esta ciudad a una mujer que asegura estar endemoniada. Yo impuse a dos sujetos para que procurasen asistir una y otra vez que la exorcizaba... El uno era médico, el otro era religioso; con todo ni uno ni otro pudieron lograr que la exorcizase en presencia suya» (24).

A veces, no pocas, entre exorcista y «endemoniado» existen afinidades mercantiles muy claras; los poseídos siguen dócilmente las indicaciones de los exorcistas, aunque en alguna ocasión causas *de fuerza mayor* se interpongan en el negocio. Obsérvese el realismo del diálogo siguiente, en el que se pone de manifiesto que era práctica habitual entre ciertos religiosos la desdramatización, por la parodia, del acto del exorcismo;

(22) C. E. V, 8, 44.

(23) T. C. VI, 10, 13.

(24) T. C. VIII, 8, 113.

«El día siguiente un Lector, compañero mio, le dijo burlándose: *Amigo Bartolín* (llamábanle así al uso de la tierra, porque su nombre era Bartolomé) *mañana has de volver acá, y te hemos de conjurar horrorosamente. No señor* (respondió él con su santa simpleza) *deje V.P. pasar siete u ocho días, para que pueda dar buenas voces, porque quedé ronco de las que di ayer y hasta que se me quite la ronquera no puedo hacer cosa de provecho»* (25).

El tema de la posesión demoníaca permanece, reminiscentemente, a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII, en un momento en que, como señala Caro Baroja, «van bajando de modo significativo los procesos contra judaizantes, hechizeros y brujas». Sustituídos por «las causas contra personas de conducta irregular, sean clérigos o seglares; aparecen encausados también los masones y algunos letrados acusados de *filosofismo*» (26). Feijoo se hace eco de la permanencia del fenómeno, en el *Teatro*, hacia 1740, contando una serie de sucesidos similares al que tuvo como centro el proceso del abad Urbano Grandier, capellán del convento de ursulinas de Loudun, acusado por Richelieu de prácticas de brujería en la persona de las monjas. En este caso los hechos tienen lugar en un convento ovetense «nuestro», dice Feijoo-, que podría identificarse como el de las benedictinas de S. Pelayo:

«En esta ciudad de Oviedo había una pobre mujer que hacía el papel de poseída... hice que el sacerdote que la exorcizaba la trajese a mi presencia y a la de muchas religiosas de un convento nuestro, en que intervino también el motivo de desengañar a las religiosas, que como cándidas, estan muy enca-
prichadas en la posesión, no más que por verla hacer visajes y por las patra-
ñas que oían. Empecé, pues, mis singulares conjuros, que consistían en versos
de Virgilio, Ovidio, Claudiano y otros poetas, articulados con gesto pondera-
tivo y voz vehemente para que hiciesen más fuerte impresión, como en efecto
la hicieron... Obedecía todo lo que yo le ordenaba como yo se lo mandase en
romance, pero cuando mandaba en latín (en que evitaba las fórmulas y voces
ordinarias, que tienen ya estudiadas los energúmenos fingidos) se hacía el
diablo sordo. En fin, sobradamente enterado del embuste de la mujercilla, la
despedí» (27).

Una muestra de la objetividad que informa la experiencia científico-religiosa de Feijoo la tenemos en el hecho de que no le importa declarar que estas desviaciones (actos de brujería, posesión, etc.) tienen lugar, incluso, en los propios conventos femeninos de la orden, detalle que muchos monjes y frailes «escrupulosos» hubieran prudentemente omitido:

«Estaba en este convento de monjas benedictinas de Santa María de la Vega, una religiosa loca. Uno de sus más ordinarios desvarios era decir que en sitios distantes sucedía esto y aquello y lo otro, porque Dios se lo manifestaba y hacía presente» (28).

(25) T. C. VIII, 6, 93.

(26) Vid. Julio Caro Baroja, «Feijoo en su medio cultural, o la crisis de la superstición». En *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, nº 18 (1966), págs. 153-186.

(27) T. C. VIII, 6, 30.

(28) T. C. VIII, 6, 34.

La proclividad de los asturianos hacia la brujería, los conjuros, y en general, todas las artes mágicas, queda bien patente en la obra de Feijoo; de la creencia en mitos y supersticiones participan igualmente el campo y la ciudad. Si hemos ido viendo la atmósfera que existía en algunos conventos o comunidades de religiosos, también es perceptible esa misma atmósfera en las propias calles y barrios ovetenses:

«Aquí ví suceder casi lo mismo en Oviedo con un diestrísimo volatín francés, de quien el vulgacho, por verle ejecutar cosas que a ningún otro del oficio había visto hacer, decía que estaba endemoniado» (29).

Los curanderos, hechiceros y saludadores montan pingües negocios, cuando los aldeanos del país visitan la capital, vendiéndoles todo tipo de brebajes y de filtros:

«Poco ha murió en esta ciudad de Oviedo una inmunda, derrengada, misérrima y embustera vieja, que se interesaba en persuadir a gente rústica y tonta, que sabía hechizos para muchas cosas, por sacar seis u ocho cuartos de cada uno que la viniese a comprar drogas y no faltaban compradores» (30).

En ocasiones, las consecuencias de la credulidad del pueblo son irreparables; en el siguiente caso, que Feijoo cuenta, la víctima es un criado del obispo (31):

«un paje del señor obispo de esta Santa Iglesia fue mordido de un perro rabioso. Fueron llamados dos saludadores, uno de ellos el más famoso que hay en este Principado; hicieron entrambos sus habilidades, ¿qué sucedió? Que el enfermo murió rabiando» (32).

La figura del *saludador* se repite, con cierta frecuencia, a lo largo del *Teatro* y de las *Cartas*; personaje frecuente y muy familiar en la Castilla más occidental y Extremadura, aún hoy se habla de él, confundiendo sus habilidades originales -curar el mal de la rabia a través del aliento, la saliva o de ciertas deprecaciones- con las actuales de los curanderos y demás furtivos de la medicina; «curas» aparte, el *saludador* sorprende, a veces, al público con números espectaculares como el del paseo por encima de cenizas candentes. El lugar es Villaviciosa:

«sobre la prueba de pisar la barra encendida, que hizò un saludador forastero, pocos años ha, en el lugar de Villaviciosa, distante siete leguas de esta ciudad de Oviedo» (33).

Vuelve Villaviciosa a aparecer años más tarde en el *Teatro*; en esta ocasión para referir la ausencia de «energúmenas», o poseídas, gracias a la labor

(29) T. C. VIII, 6, 47.

(30) T. C. VII, 15, 73.

(31) Se trata, atendiendo a la época de publicación de este tomo del *Teatro*, del obispo Hendaya y Haro, muerto en Puebla (Mex.) en 1729.

(32) T. C. III, 1, 18.

(33) T. C. III, 1, 31.

desmitificadora que ejerce un virtuoso misionero de la orden franciscana, el padre fray Bernabé Uzeda:

«En Villaviciosa, pueblo de este Principado, hay un convento de franciscanos misioneros, en cuya iglesia se venera una imagen de Nuestra Señora, con el nombre de la *Imagen del Portal*, por cuya razón de todo él acude allí mucha gente, como a santuario famoso. Un caballero muy discreto, natural de aquella villa, me aseguró haber observado que, aunque a otros santuarios de menos nombre acuden frecuentemente varias energúmenas, nunca vió alguna que fuese a buscar su remedio a la presencia de aquella devotísima imagen. El mismo me descubrió la causa. Vive en aquel convento el R.P.M. Fr. Bernabé Uzeda; este sujeto dotado de todas las buenas cualidades que pueden hacer amable y respetable a un religioso, está en la firme persuasión de que en materia de energúmenos es infinita la patraña y poquísima la realidad» (34).

Oviedo aparece en los textos de Feijoo copiosamente citado. Cualquier pretexto es bueno para que el Padre Maestro se asome a sus sinuosas calles, notariando la actividad de los ovetenses. Tan crédulos como sus paisanos campesinos, asisten horrorizados a la tormenta eléctrica de diciembre de 1723, atribuyendo los destrozos que un rayo provoca en la torre de la catedral a la cólera divina:

«En esta ciudad de Oviedo, inmediatamente a aquella furiosa borrasca del día trece de diciembre del año de 23, que no se olvidará jamás en este país, por el estrago que hizo con un rayo en la hermosa torre de esta catedral, se esparció la voz de que un misionero, vecino, y conocido de todos, había profetizado para el día veinte otra tempestad mucho más horrenda y cual nunca habían visto los mortales, lo cual fue tan creído que estaba dominada de un terror pánico toda la plebe» (35).

Ese mismo día y a distintas horas «cayeron otras tres centellas; una en la plazuela de Santo Domingo, otra en el Campo de San Francisco, otras en la calle del Rosal» (36). Los daños materiales debieron ser muy graves, a tenor de la minuciosa descripción que Feijoo ofrece en una nota a pie de página. Al final de esta nota, y a petición de los propios capitulares Feijoo escribe:

«De orden del Ilustrísimo Cabildo fueron examinados los daños de la torre por un arquitecto, el cual los ha tasado en sesenta mil ducados; grande suma, para que pueda esperarse, ni aun en muchos años el reparo, porque los fondos de la fábrica de esta insigne iglesia son muy desiguales a tanto coste; las rentas de sus capitulares están tan menoscabadas que necesitan manejarse con delicada economía para alcanzar a su decencia. Está puesta la confianza en el religiosísimo celo de nuestro amado católico monarca, a quien se ha recurrido» (37).

Al margen de la constatación de tanto infortunio, Feijoo aprovecha para cantar las excelencias plásticas de la catedral ovetense, y afirma que: «Es,

(34) T. C. VIII, 8, 110.

(35) T. C. II, 4, 32.

(36) T. C. II, 4, 32n.

(37) Idem...

o fue, la de Oviedo, por su agigantada estatura, por la exquisita simetría de sus partes, por la apurada filigrana de sus labores, una de las más bellas, no solo de España, pero de Europa» (38).

Las noticias sobre Oviedo -y Asturias- tienen, a menudo, un carácter precursor de la literatura periodística ilustrada. Junto a la especulación científica, el razonamiento y la tesis, conviven armoniosamente el dato y la cifra informativos, que subviene perfectamente a las necesidades que plantea el nuevo tipo de comunicación con los lectores:

«Dentro de este Principado de Asturias, donde asisto, tengo noticia de muchos (centenarios), y especialmente de una mujer, que vivió ciento y treinta y dos años. Posible es que en esta noticia se añadiese algo. Lo que puedo asegurar con toda verdad es que, habrá dos años, poco más, murió a distancia de media legua de esta ciudad de Oviedo, en una aldea llamada Cagigal (39), en la edad de ciento y once, una pobre mujer llamada Mari-García, habiendo conservado siempre el juicio sanísimo. Y hoy vive en dicha ciudad de Oviedo Don Alonso Muñiz, presbítero, de edad de ciento y siete años, con bien fundadas esperanzas de vivir no poco más, pues en una edad tan avanzada todos los días va a celebrar el santo sacrificio de la misa a la iglesia de las religiosas de Santa Clara, distante más de cuatrocientos pasos comunes de su casa, y una buena parte del camino es bastantemente agrio» (40).

Aún hoy es habitual, en los periódicos asturianos, la referencia a personas centenarias que llevan a cabo no pocas tareas domésticas en sus hogares; la foto de estos ancianos, rodeados de sus descendientes, ilustra el florido reportaje de los corresponsales de prensa en las zonas rurales asturianas.

Cuando el hecho noticiable se produce lejos de la capital del Principado, Feijoo deja igual constancia de él, bien por la información de amigos de la misma zona, bien desplazándose a comprobarlo en el propio terreno. Habla, por ejemplo, de una «horrible tempestad» que había hecho estragos en las costas asturianas «de suerte que han quedado en estos puertos poquísimos pescadores»; los ríos desbocados arrastran ganado de todas las especies, «y ni aun perdonó el ímpetu de la corriente a las bestias más feroces, pues a la playa de Pravia arrojó el río Nalón dos osos, lo que dicen los naturales nunca se vió» (41).

En este ir tejiendo, aquí y allí, la naturaleza ensayística de su obra, Feijoo pasa de la noticia curiosa al dato erudito, del comentario irónico a la reflexión dolorida. Pocas actitudes hay en el benedictino tan beligerantes como la que se ve afectada por el estado de la medicina en España, y, por tanto, en Asturias. El excelente y exhaustivo estudio de Telenti (42) sobre

(38) T. C. II, 4, 32n.

(39) Caserío en la parroquia de La Pereda, al sur del concejo de Oviedo.

(40) T. C. I, 12, 5.

(41) C. E. III, 35, 5.

(42) Amalio Telenti, *Aspectos médicos en la obra del Maestro Fray Benito Jerónimo Feijoo*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1969.

los aspectos médicos de la obra feijoniana, revela la inteligente posición del monje respecto a la ciencia médica del momento. Uno de los problemas al que Feijoo otorga un especial interés, por ser moneda común en la época y de consecuencias irreversibles, es el de la diagnosis precipitada en la certificación de defunciones por muerte violenta o, incluso, por «desmayos» o, para decirlo con sus palabras, «deliquios» de probable origen lipotímico, en el paciente. Cree Feijoo que las razones que aducen muchos médicos como propias de la defunción (falta de respiración o de movimiento) se pueden imputar de falsas en no escasas ocasiones. A veces, una circunstancia providencial -dicho sea sin la menor connotación metafísica, puesto que, además, tampoco Feijoo se la atribuye- salva al desgraciado de una espantosa muerte, como en el siguiente caso:

«El cuarto fue en la villa de Avilés, distante cuatro leguas de esta ciudad. Llevaban a enterrar en el convento de San Francisco de aquel pueblo a un vecino dado por muerto. Pero éste tuvo la dicha de que, pasando el feretro por debajo de la canal que vertía las aguas lluviosas que caían sobre la casa de un caballero titulado, descolgándose de ellas un buen golpe de agua sobre la cara del que conducían a la iglesia, de repente le restituyó el dominio de todas sus potencias. No se si aun hoy vive. Tengo esta noticia de Don Pedro Valdés Prada, uno de los principales caballeros de este país, que a la sazón estaba en Avilés» (43).

En otras ocasiones el diagnóstico de los médicos -en la muerte aparente por traumatismo- precipita el horror de un enterramiento que se podía haber evitado estudiando los «signos» propios del caso. El desgraciado es, esta vez, un joven ovetense:

«El caso de Oviedo, fue perfectamente semejante al de esa villa. Un mozo caído de alto, habiendo sido juzgado muerto, fue enterrado y al día siguiente se notó también bastante elevación en la fosa. Fue mayor este error, porque los que asistieron al entierro observaron nada alterado el color del rostro, o nada distinto del que tenía en estado de sanidad» (44).

El estado de la medicina preocupa hondamente a Feijoo. Pocos son los médicos que, según el benedictino, se preocupan de mejorar la situación sanitaria (Martín Martínez y Casal son honrosas excepciones de la regla). A esta situación contribuyen no solo las viejas técnicas hipocráticas y galénicas, vigentes oficialmente hasta bien entrado el siglo XVIII, sino también la marginación a la que estaban sometidos los llamados *novatores* que, apartados de los centros universitarios, sobrevivían en los pequeños círculos provincianos. Para mayor confusión, pululaba por España un enjambre de extranjeros desaprensivos que experimentaban su ignorancia en los cuerpos de los compatriotas, sin más finalidad que asegurarse el diario sustento. Feijoo tiene para estos mixtificadores palabras durísimas, a la vez que lamenta el eco que tales sujetos tienen entre la población asturiana.

(43) T. C. IV, 14, 24. El subrayado es nuestro.

(44) C. E. I, 8, 3.

«Tunantes moros y turcos son recibidos por acá en grado de médicos ambulantes. Aquí he visto, no ha mucho tiempo, un tunante moro (por lo menos él tal nacimiento y patria se daba), criatura sumamente vil y despreciable a quien la gente acudía como a un esculapio, no más que porque él decía que sabía remedios para todos los males; conociendo el humor de nuestra gente, que tienen por sabios en medicina los tunantes extranjeros, y tanto más sabios cuanto son más extranjeros se fingía moro para lograr más aceptación. Cerca de esta ciudad de Oviedo, fingiendo convertirse a nuestra santa religión, se bautizo, y tengo bastante sospecha de que se había bautizado diferentes veces en otras partes» (45).

Pero no solo es el vulgo el que resulta prisionero de tanta patraña y embuste. Entre ciertos estamentos sociales no populares, el engaño se extiende de la misma manera: «este cuento estaba esparcido por todo el pueblo y creído de todo el vulgo (pienso que también de algunos fuera del vulgo» (46). Concretamente en el texto que sigue a continuación, habla Feijoo de uno de estos sujetos «fuera del vulgo», que tiene un «oficio público» en la capital:

«También conocí aquí un turco, gran embustero, no solo por fingirse inteligente en la medicina, en que era totalmente ignorante, más también por las aventuras y lances de su vida; sin embargo hay sujetos tan simples, que uno, que tiene oficio público en esta ciudad, le tuvo en su casa algunos días esperando que restituyese la vista a un hijo suyo enteramente ciego» (47).

No faltan en el *Teatro* y en las *Cartas* alusiones a la rica mitología asturiana, muchos de cuyos elementos pervivían subsumidos en la religiosidad del pueblo. En el texto siguiente se habla de las «procesiones de luces» cerca de los cementerios, que en el Principado se relacionaban con las ánimas errantes de los muertos y que se conocieron, hasta hace bien poco tiempo, con los nombres de *güestia*, *santa compañía* o *pasu les animes*:

«A distancia de cinco leguas de esta ciudad y cerca de la villa de Avilés, hay un sitio donde dicen que es muy frecuente esta llama errante (bien que con haber estado muchas veces en aquel sitio, nunca la ví) y apenas pude persuadir a los del país ser cosa natural, a los cuales sin más fundamento se les antojaba estar allí sepultados los cuerpos de algunos mártires. Es (cuando, las luces son muchas) la que llaman en Castilla *hueste*» (48).

La actitud innovadora de Feijoo le supuso fuertes resistencias, e, incluso, la enemiga de detractores tan enconados como el valenciano Salvador José Mañer y el franciscano Soto y Marne. Hasta tal punto fue creciendo, en torno a su obra, una corriente de clara hostilidad, que el propio rey Fernando VI prohíbe, por decreto fechado el veintitres de junio de 1750, las polémicas referentes a los escritos del benedictino; hecho excepcional -como agudamente señala D.H. Pageaux- en la historia de las letras espa-

(45) T. C. IV, 4, 7.

(46) C. E. I, 24, 4n.

(47) T. C. IV, 4, 8.

(48) T. C. III, 6, 40.

ñolas (49). Este espíritu contrario a Feijoo tuvo reflejos, incluso, en la propia región asturiana, sorprendiendo que sean, a veces, elementos nada vinculados al mundo del pensamiento de la época, los que arremeten contra los escritos del monje. Es perceptible el aire zumbón que Feijoo imprime a sus ataques, cuando se trata de contestar a personas de escasa relevancia intelectual:

«Un barbero de esta ciudad, y mal barbero, estuvo para escribir contra mi en defensa de la medicina; y se hubiera salido con ello si tuviera con que costear la impresión, que fue lo único que le faltó al pobre para constituirse autor» (50).

Y estamos llegando al final. No quiero cansarte, lector, con tantísima cita sobre nuestro Principado, al que Feijoo (y quisiera haber contribuido con este modesto trabajo a que eso quedase claro) amó, con las armas que convienen a estos casos: la inteligencia y tenacidad excepcionales, al servicio del progreso y de la libertad del individuo. Ante tantas declaraciones de amor regionalista, como hemos venido soportando durante el pasado histórico que ahora se cierra, la figura del Padre Maestro se alza con una precisa nitidez, y nos devuelve la noción real del afecto por la patria, en este caso Asturias.

Feijoo supo entender, como en otras ocasiones, el problema. Ahí queda, para demostrarlo, un pequeño testimonio con el que cerramos esta comunicación: «Generalmente el amor de la conveniencia y bien privado, que cada uno logra en su patria, le atrae y retiene en ella; no el amor de la patria misma» (51).

(49) Ver Daniel-Henri Pageaux, *Theatre Critique*. París, Les Editions du Delta, 1971. Pág. IV.

(50) C. E. III, 7, 8.

(51) T. C. III, 10, 14.